



MINISTERIO APOSTÓLICO INTERNACIONAL

Anhelamos acompañarte con una Palabra de amor y esperanza.

www.palabrasdevida.com

La Mochila de Piedras:

(Reflexión)

Recuerdo bien ese atardecer. El sol se escondía detrás de los cerros, tiñendo el cielo de un naranja profundo, y una brisa suave apenas movía el polvo del sendero. Yo volvía a casa, cansado. Pero no era el cansancio bueno del trabajo; era un agotamiento distinto, uno que se sentía en el alma. La vieja mochila de lona que llevaba al hombro parecía pesar más cada día, aunque sabía que dentro solo había un par de cosas sin importancia.

Fue entonces cuando lo vi. Sentado en una vieja tranquera de madera, había un hombre. No parecía un viajero. Parecía, más bien, que siempre había estado allí, como parte del paisaje. Tenía la mirada serena y las manos curtidas, y cuando pasé a su lado, me habló con una voz calma, que no exigía, solo invitaba.

—Esa mochila se ve pesada, hijo.

Me detuve. Había algo en su tono que me hizo ser honesto. —Lo es —respondí—. Y no entiendo por qué.

Él sonrió con una ternura que me desarmó. —Quizás no pesa por lo que llevas *adentro* —dijo, dando una palmada a la lona de mi mochila—, sino por lo que has ido guardando *en el camino*.

Me quedé en silencio, confundido. Él me hizo un gesto para que me sentara en el pasto, a su lado.

—Verás —comenzó, mientras miraba el horizonte—, todos empezamos “ligeros” este viaje. Pero en la primera curva, alguien nos lastima. Nos ofende. Nos falla. Y en lugar de sacudirnos el polvo y seguir, nos agachamos. Encontramos una piedra pequeña, afilada, y la guardamos en la mochila. “Para no olvidar”, nos decimos. “Es la prueba de mi dolor.”

Mientras hablaba, yo sentía un frío recorrer mi espalda.

—Y seguimos caminando —continuó—. Pero más adelante, alguien en quien confiábamos nos traiciona. Esta vez la piedra es más grande, más oscura. Y la guardamos también. Pasan los años, y la mochila se llena de piedras: la piedra de la palabra dura, la piedra de la promesa rota, la piedra del perdón que nunca llegó.

Hizo una pausa, y luego me miró fijamente. —Y un día, sin darnos cuenta, el peso es tanto que ya no podemos mirar el cielo. Solo vemos el polvo frente a nuestros pies. Nos acostumbramos a caminar encorvados, creyendo que así es la vida.

Sus palabras dieron justo en el centro de mi cansancio. —Es verdad —susurré, pensando en nombres, en rostros, en silencios que aún dolían—. Pero... ¿no es justo? Es *mi* dolor. ¡Me lo hicieron!

El anciano asintió lentamente, con una compasión que me abrazó el alma. —Tienes razón. No es justo. Pero mira lo que te está haciendo esa "justicia". El rencor es un veneno que creemos darle al otro, pero que nos bebemos nosotros mismos. Ellos siguieron su camino, hijo. El único prisionero que sigue atado a esa ofensa... *eres tú*.

—¿Y qué hago? —le pregunté, con la voz quebrada—. ¡No puedo levantarla! ¡Pesa demasiado!

—Lo sé —me dijo, y su voz se llenó de una certeza absoluta—. Lo sé. Por eso el Maestro no te pide que seas fuerte para cargarla. Te pide que seas humilde y sincero y que se la entregues a Él... porque Él ya la cargó por ti.

En ese momento, el último rayo de sol se ocultó, y en la colina lejana, la silueta de una vieja cruz de madera se recortó contra el crepúsculo. El anciano señaló hacia ella.

—Ese es el único lugar donde ese peso puede, por fin, quedarse.

No sé cuánto tiempo más se quedó conmigo. Cuando volví la mirada, él ya no estaba. Solo estaba yo, mi mochila, y esa verdad resonando en el silencio.

Con manos temblorosas, me quité la mochila de los hombros. La abrí. Y una por una, comencé a sacar las piedras. Eran pesadas, frías. Pude ver el rostro de cada ofensa. Y una por una, las dejé caer en el polvo del camino, a los pies de esa cruz lejana.

Lloré. No de tristeza, sino de alivio. Un alivio que nunca había sentido. Y fue entonces que recordé esa Palabra que había leído tantas veces, pero que recién ahora entendía en lo más profundo de mis huesos. **Colosenses 3:13**, RVR1960: *“soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros.”*

Me levanté. Por primera vez en años, caminé erguido. La mochila seguía en mi espalda, pero ahora estaba liviana. Vacía.

Desde ese día, el camino no ha dejado de tener piedras. Pero, gracias a Dios, yo he dejado de recogerlas.

GLORIA A DIOS !!!

"Que la paz y la abundancia que encontramos en Jesús llenen tu vida".
Te saluda con amor fraternal, Daniel Liandro.

"En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia".
(Prov. 17:17)



REFLEXIONA CON DIOS

